

Extraña pareja

Después de librar la batalla contra el uso del preservativo en África, los cardenales y nuncios de Juan Pablo II se volcaron en impedir las uniones civiles. Es su nueva cruzada. Abrimos ahora una de las páginas más sorprendentes de este libro: la de un ejército de homófilos y homosexuales que va a la guerra contra el matrimonio gay.

384 Fue en los Países Bajos donde se entabló el debate, con la sorprendente apertura, el 1 de abril de 2001, al matrimonio de las parejas del mismo sexo. En Ámsterdam la comunidad gay celebró el acontecimiento, asombrada de su propia audacia. La resonancia fue internacional. El nuevo artículo de la ley estaba redactado así, más sencillo no podía ser: «Un matrimonio puede ser contraído por dos personas de sexo distinto o del mismo sexo».

Algunos analistas de la santa sede ya habían percibido los signos precursores y hubo nuncios, como François Bacqué, entonces destinado en el país, que habían prodigado los telegramas diplomáticos alertando a Roma. Con todo, la espectacular decisión holandesa se recibió en el Vaticano como una segunda caída bíblica.

Por entonces el papa Juan Pablo II estaba fuera de juego debido a su estado de salud, pero el secretario de Estado se movió por dos. Angelo Sodano quedó literalmente *confused* y *puzzled* («confuso» y «perplejo»), al decir de un testigo, y compartió esta confusión y esta furia en términos muy explícitos con su equipo, aunque sin perder su inquebrantable placidez. Además de considerar inadmisibles este precedente en Europa occidental, temía, como toda la curia, que la decisión holandesa abriera una brecha por la que podrían colarse otros países.

Sodano encomendó este asunto al «ministro de Asuntos Exteriores» del Vaticano, el francés Jean-Louis Tauran, con la ayuda del nuncio Bacqué, que había sido su adjunto en Chile. Poco después nombró en Ginebra a un obispo consagrado por él, Silvano Tomasi, para que siguiera el debate a escala multilateral. Más tarde el «ministro de Asuntos Exteriores» de Benedicto XVI, Dominique Mamberti, también se hizo cargo del asunto. (Para el relato que sigue me baso en mis entrevistas con estos cuatro actores fundamentales, Tauran, Bacqué, Tomasi y Mamberti, y en otras diez fuentes diplomáticas vaticanas. También conseguí copias de decenas de telegramas confidenciales enviados por los diplomáticos en la ONU que describen la postura del Vaticano. Por último, interrogué a varios embajadores extranjeros, al ministro francés de Asuntos Exteriores, Bernard Kouchner, al director de ONUSIDA, Michel Sidibé, y al embajador Jean-Maurice Ripert, que dirigió el *core group* («grupo central») en la ONU neoyorquina.)

Entre 2001, el *shock* holandés, y 2015, fecha en que el Tribunal Supremo estadounidense autorizó el *same-sex marriage* («matrimonio entre personas del mismo sexo») confirmando una derrota duradera de la santa sede, se libró una batalla sin precedentes en innumerables nunciaturas apostólicas y episcopados. Con Pablo VI la santa sede solo tenía 73 embajadas, pero su número ascendió a 178 al final del pontificado de Juan Pablo II (hoy son 183). En todas partes la movilización contra las uniones civiles y el matrimonio gay pasó a ser una prioridad, tanto más estrepitosa cuanto más sigilosa era la doble vida de los prelados movilizados.

En los Países Bajos François Bacqué recibió instrucciones de movilizar a los obispos y las asociaciones católicas e incitarles a echarse a la calle para lograr que el gobierno retrocediera. Pero el nuncio enseguida se dio cuenta de que la mayoría del episcopado holandés, salvo los cardenales dependientes de Roma (como «Wim» Eijik, muy antigay), era moderado, cuando no liberal. La base de la Iglesia era progresista y llevaba mucho tiempo reclamando el fin del celibato de los sacerdotes, la comunión para las parejas divorciadas e incluso el reconocimiento de las parejas homosexuales. La batalla holandesa estaba perdida de antemano.

En el Consejo de Derechos Humanos de Ginebra la resistencia

contra la «ola rosa» parecía más prometedora. No había ninguna posibilidad de que se debatiera el matrimonio gay, dada la oposición radical de los países musulmanes y varios países asiáticos. No obstante, Sodano puso en guardia al nuncio Tomasi, recién llegado de Suiza: era menester oponerse con uñas y dientes a la despenalización de la homosexualidad, que también allí sería un mal ejemplo y, con un efecto dominó, despejaría el camino al reconocimiento de las parejas.

En las Naciones Unidas ya se habían hecho propuestas de despenalizar la homosexualidad. En 2003 Brasil, Nueva Zelanda y Noruega plantearon algunas iniciativas modestas al respecto, a ejemplo de otros países nórdicos. Los Países Bajos también se movilizaron, como me explica Boris Dittrich durante una entrevista en Ámsterdam. El diputado y antiguo magistrado fue el impulsor del matrimonio gay en su país:

386

—Durante mucho tiempo fui militante y político, y después de contribuir a cambiar la ley de los Países Bajos pensé que había que seguir luchando a escala internacional.

Mientras tanto, en Roma, eligieron al papa Benedicto XVI y el cardenal Sodano, contra su voluntad, fue reemplazado por Tarcisio Bertone al frente de la curia romana. Para el nuevo papa la oposición al matrimonio homosexual también fue una prioridad y puede que también un asunto personal.

En realidad, lo que Tomasi aún no entendía era que los cardenales del Vaticano, demasiado cegados por sus prejuicios, no se daban cuenta de que las tornas iban a volverse a mediados de los años dos mil. En muchos países occidentales se puso en marcha una dinámica progay, y los de la Unión Europea quisieron imitar el modelo holandés.

En las Naciones Unidas la relación de fuerzas también cambió cuando Francia, en su presidencia de turno de la Unión Europea, optó por dar prioridad a la despenalización de la homosexualidad. Varios países latinoamericanos, como Argentina y Brasil, también pasaron a la ofensiva. Un país africano, Gabón, y también Croacia y Japón, se sumaron al *core group* que planteó la cuestión en Ginebra y Nueva York.

Tras varios meses de negociaciones secretas entre estados, en

las que fue excluido el Vaticano, se tomó la decisión de presentar un texto a la Asamblea General de las Naciones Unidas que debía celebrarse en Nueva York en diciembre de 2008. La «recomendación» no sería vinculante, contrariamente a una «resolución», que debe aprobarse por mayoría de votos; pero eso no le restaba valor simbólico.

—Yo pensaba que no había que defender una resolución si no se estaba seguro de obtener una mayoría de votos —me confirma el exdiputado holandés Boris Dittrich—. De lo contrario nos arriesgábamos a provocar una resolución de las Naciones Unidas contra los derechos de los homosexuales y entonces habríamos perdido la batalla por mucho tiempo.

Para evitar que el debate pareciese algo estrictamente occidental y se abriera una brecha entre los países del Norte y los del Sur, los diplomáticos del *core group* invitaron a Argentina a presentar oficialmente la declaración. Así la idea sería universal y se defendería en todos los continentes.

Hasta 2006-2007 Silvano Tomasi no se tomó en serio la amenaza. Pero en Roma el nuevo «ministro de Asuntos Exteriores» de Benedicto XVI, el francés Dominique Mamberti, que conocía al dedillo la problemática gay, se enteró del plan. Los nuncios apostólicos suelen estar bien informados. La información se transmitió rápidamente a la santa sede. Mamberti alertó al santo padre y al cardenal Bertone.

El papa Benedicto XVI, para quien el rechazo a cualquier reconocimiento de la homosexualidad había sido una de las líneas maestras de su carrera, se desesperó. Durante un desplazamiento en persona a la sede neoyorquina de las Naciones Unidas, el 18 de abril de 2008, aprovechó una reunión privada con Ban Ki-moon, el secretario general de la organización, para sermonearle. Le recordó su oposición absoluta, en términos suaves pero infalibles, a cualquier forma de aceptación de los derechos homosexuales. Ban Ki-moon escuchó educadamente al teólogo plañidero y, poco después, la defensa de los derechos de los homosexuales pasó a ser una de sus prioridades.

Desde antes del verano de 2008 el Vaticano estaba convencido de que en las Naciones Unidas se votaría una declaración pro-

LGBT. Primero dio instrucciones a los nuncios para que interviniesen ante los gobiernos con el fin de impedir algo irreparable. Pero no tardó en darse cuenta de que todos los países europeos sin excepción iban a votar la declaración. ¡Hasta Polonia, la niña de los ojos de Juan Pablo II, y la Italia de Berlusconi! El secretario de Estado Tarcisio Bertone, que tomó cartas en el asunto puenteando a la Conferencia Episcopal Italiana, se activó y movió todos sus hilos políticos en el Palazzo Chigi y el parlamento, sin lograr que el gobierno italiano cambiara de postura.

Fuera de Italia, el Vaticano tanteó a varios *swing states* («susceptibles de cambiar de opinión»), pero en todas partes, de Australia a Japón, los gobiernos se disponían a firmar la declaración. En Latinoamérica, sobre todo, casi todos los países hispánicos y lusófonos seguían la misma línea. La Argentina de Cristina Fernández, por su parte, confirmó que estaba lista para presentar públicamente el texto, y en el país se murmuraba que incluso el cardenal Jorge Bergoglio, presidente del episcopado argentino, era contrario a cualquier forma de discriminación...

388

El Vaticano pergeñó una posición sofisticada, por no decir sofista, a base de argumentos retóricos, por no decir retorcidos: «Nadie está a favor de penalizar la homosexualidad o criminalizarla», insistía la santa sede. Y a renglón seguido afirmaba que los textos existentes sobre los derechos humanos «bastaban». Si se ideaban otros nuevos se corría el riesgo de crear «nuevas discriminaciones» so pretexto de luchar contra la injusticia. Los diplomáticos del Vaticano, por último, rechazaban las expresiones «orientación sexual» e «identidad de género», que, según ellos, carecían de valor jurídico en el derecho internacional. Al reconocerlos se podría acabar legitimando la poligamia o los abusos sexuales. (Cito las palabras que aparecen en los cables diplomáticos.)

—¡El Vaticano tuvo la osadía de agitar el espantajo de la pedofilia para impedir la despenalización de la homosexualidad! Era increíble. Un argumento retorcido donde los haya, dada la gran cantidad de casos en que están implicados curas pedófilos —señala un diplomático francés que participó en las negociaciones.

Con su oposición a que los derechos humanos se extendieran a los homosexuales, el Vaticano de Benedicto XVI sacaba a relu-

cir la vieja desconfianza católica hacia el derecho internacional. Para Joseph Ratzinger, las normas que él erigía en dogma eran de esencia divina y por tanto superiores a las de los Estados. Este espíritu ultramontano pronto resultó anacrónico. Francisco, desde su elección, tuvo una postura claramente contraria al «clericalismo» y trató de integrar a la Iglesia en el orden mundial, olvidando las ideas trasnochadas de Benedicto XVI.

Ante el fracaso de la estrategia ratzingeriana, la santa sede cambió de método. Como ya no podía convencer a los países «ricos», trataría de movilizar a los «pobres». De modo que Silvano, en Ginebra, se afanó en sensibilizar a sus colegas de los países musulmanes, asiáticos y sobre todo africanos (viejos conocidos, pues había sido observador en la Unión Africana en Adís Abeba) para detener el proceso que se había puesto en marcha en la ONU. En Nueva York, el nuncio ante las Naciones Unidas Celestino Migliore, sucesor de Renato Martino, hizo lo mismo. Desde Roma el papa Benedicto también se agitó, un poco perdido, en todos los sentidos.

—La línea de nuestra diplomacia obedecía a lo que podríamos llamar la voz de la razón y el sentido común. Estamos a favor de lo universal y no de los intereses particulares —me dice simplemente Silvano Tomasi para explicar la oposición de la Iglesia católica a la declaración de la ONU. 389

Fue entonces cuando el Vaticano cometió un error que para muchos diplomáticos occidentales fue un desliz histórico. En su nueva cruzada, la santa sede se alió con varias dictaduras o teocracias musulmanas. En diplomacia a eso se le llama «inversión de las alianzas».

De modo que el Vaticano formó una coalición heterogénea y de circunstancias acercándose a Irán, Siria, Egipto, la Organización de la Conferencia Islámica (OCI) ¡y hasta Arabia Saudí, país con el que no tenía relaciones diplomáticas! Según fuentes coincidentes, los nuncios apostólicos entablaron conversaciones con los representantes de unos países con los que mantenían fuertes diferencias en cuestiones como la pena de muerte, la libertad religiosa y, en general, los derechos humanos.

El 18 de diciembre de 2008, como estaba previsto, Argentina defendió la *Declaración sobre derechos humanos, orientación sexual e identidad de género* ante la prestigiosa audiencia de la Asamblea

General de las Naciones Unidas. La iniciativa fue apoyada por 66 países: todos los Estados de la Unión Europea, sin excepción, la firmaron, lo mismo que 6 países africanos, 4 asiáticos, 13 latinoamericanos, Israel, Australia y Canadá. Por primera vez en la historia de la ONU, países de todos los continentes se pronunciaron sobre las violaciones de los derechos humanos basados en la orientación sexual.

—Fue una sesión histórica muy emocionante. Confieso que se me saltaban las lágrimas —me dice en París Jean-Maurice Ripert, embajador de Francia en la ONU, que dirigió el *core group*.

Tal como también estaba previsto, Siria leyó una contradecларación sobre las «supuestas nociones de orientación sexual e identidad de género» en nombre de otros 59 países. El texto se centra en la defensa de la familia como «elemento natural y fundamental de la sociedad» y critica la creación de «nuevos derechos» y «nuevos criterios» que traicionan el espíritu de la ONU. El texto criticaba especialmente la expresión «orientación sexual» por carecer de base legal en el derecho internacional y porque daba pie a legitimar «muchos actos deplorables, incluyendo la pedofilia». Casi todos los países árabes suscribieron la contradecларación y también lo hicieron 31 países africanos, varios asiáticos y, por supuesto, Irán. Entre los firmantes estaba el Vaticano de Benedicto XVI.

—El Vaticano se alineó con Irán y Arabia Saudí de un modo inadmisibile. Al menos habría podido abstenerse —critica Sergio Rovasio, presidente de la asociación gay Certi Diritti, próxima al Partito Radicale italiano, con quien hablé en Florencia.

Porque, además, 68 países «neutrales» entre los que estaban China, Turquía, la India, Suráfrica y Rusia rehusaron adherirse al texto presentado por Argentina y a la contradecларación de Siria. El Vaticano, por lo menos, habría podido imitarles.

Cuando le pregunto al nuncio Silvano Tomasi sobre la posición del Vaticano, lamenta que esa declaración marcara «el comienzo de un movimiento de la comunidad internacional y las Naciones Unidas para incluir los derechos de los gais en la agenda global de los derechos humanos». Cierto: entre 2001, fecha en que se permitió el matrimonio de las parejas homosexuales en los Países Bajos, y el final del pontificado de Benedicto XVI, en 2013, hubo un verdadero *momentum* internacional sobre la cuestión gay.

Hillary Clinton, la secretaria de Estado estadounidense, no dijo otra cosa cuando declaró en la sede ginebrina de las Naciones Unidas, en diciembre de 2011: «Algunos dijeron que los derechos de los gais y los derechos humanos estaban separados y eran distintos; lo cierto es que los derechos de los gais forman parte de los derechos humanos, y a la inversa [*gay rights are human rights, and human rights are gay rights*]».

Los diplomáticos de Vaticano escucharon en silencio el mensaje, hoy común a la mayoría de las cancillerías occidentales y latinoamericanas: los derechos humanos se defienden globalmente o no se defienden.

Pese a todo, hasta el final de su pontificado Benedicto XVI no cedió un ápice. Es más, se lanzó a una cruzada contra las uniones civiles y el matrimonio gay. Para él se trataba de una cuestión de principios. Pero ¿se daba cuenta de que esta batalla, como la anterior, estaba perdida de antemano?

—Para un hombre como Benedicto XVI luchar contra la homosexualidad fue siempre el gran objetivo de su vida. Ni se le pasaba por la cabeza que el matrimonio gay pudiera legalizarse en alguna parte —me confirma un sacerdote de la curia. 391

¡En tiempos difíciles, ni un paso atrás! ¡Si es preciso, hay que dejarse la piel! Y se lanza a ciegas, se arroja al foso de los leones como los primeros cristianos. ¡Que sea lo que Dios quiera!

La historia irracional y vertiginosa de ese combate insensato contra el matrimonio gay es un capítulo decisivo de Sodoma, pues escenifica un ejército de curas homófilos y prelados homosexuales disimulados que, día tras día, país tras país, se movilizaron contra otro ejército de activistas *openly gay*. La guerra del matrimonio fue, más que nunca, una lucha entre homosexuales.

Antes de detenerme extensamente en España, Francia e Italia en los próximos capítulos, empezaré contando aquí las entrevistas que realicé en tres países: Perú, Portugal y Colombia.

Perilla blanca, reloj grueso y chaqueta marrón de ante: Carlos Bruce es una figura insoslayable de la América Latina LGBT. En 2014 y 2015 me entrevistó varias veces en Lima con este diputado,

dos veces ministro en gobiernos de derecha moderada. Me describe una situación favorable en conjunto al avance de los derechos de los gais en el continente, aunque haya peculiaridades nacionales que, como en Perú, frenan su dinámica. En Lima la vida gay es activa, como pude comprobar, y la tolerancia es creciente. Pero el reconocimiento de los derechos de las parejas gais, unión civil y matrimonio, choca con la Iglesia católica, que impide cualquier avance a pesar de su fracaso moral y la proliferación de casos de pedofilia:

—Aquí, el cardenal Juan Luis Cipriani es visceralmente homófobo. A los homosexuales les llama «mercancías adulteradas y deterioradas» y el matrimonio gay sería, según sus palabras, equiparable al «holocausto judío y a los crímenes del Estado Islámico». Sin embargo, cuando acusaron de abusos sexuales a un obispo, él le defendió —comenta, visiblemente asqueado, Carlos Bruce. La fiscalía de Lima investiga ahora a Cipriani por encubrir los abusos de Luis Figari, fundador del Sodalicio de Vida Cristiana.

392

Cipriani, miembro del Opus Dei, fue creado cardenal por Juan Pablo II gracias al respaldo activo del secretario de Estado, Angelo Sodano, con quien comparte vinculación con la extrema derecha y animosidad hacia la teología de la liberación. Es cierto que algunos curas próximos a esta corriente de pensamiento tomaron las armas sumándose a las guerrillas maoístas de Sendero Luminoso o al más guevarista MRTA, lo que aterrorizó al clero conservador. Más allá de estas peculiaridades locales, el cardenal, como tantos correligionarios suyos, ha logrado la cuadratura del círculo: ser a la vez claramente hostil al matrimonio entre personas del mismo sexo (en Perú ni siquiera existen las uniones civiles) y no denunciar a los curas pedófilos.

En los años dos mil, el cardenal Cipriani decía tales barbaridades de los gais que la nueva alcaldesa de Lima, Susana Villarán, pese a ser una católica convencida, le salió al paso y le ridiculizó públicamente. Exasperada por la doble moral del cardenal Cipriani, que se oponía a los derechos de los gais pero hacía la vista gorda con los curas pedófilos, la alcaldesa se le enfrentó y en la Gay Pride se burló del cardenal fantasmón y de su dos varas de medir.

—Aquí la resistencia principal contra los derechos de los gays —añade Carlo Bruce— es la Iglesia católica, como en toda Latinoamérica. Pero creo que los homófobos están perdiendo terreno. La gente comprende muy bien el argumento de que hay que proteger a las parejas gays.

Un juicio que comparte el periodista Alberto Servat, un influyente crítico cultural con quien hablo varias veces en Lima.

—Esos escándalos sexuales de la Iglesia son muy chocantes para la opinión pública. El cardenal Cipriani ha dado la impresión de que no ha hecho nada para limitar los abusos sexuales. Uno de los curas acusados está hoy refugiado en el Vaticano...

Y Carlos Bruce concluye, proponiendo soluciones concretas que serían una desautorización definitiva de Cipriani:

—Creo que hace falta que la Iglesia saque todas las consecuencias de su fracaso moral. Tiene que dejar de criticar las relaciones homosexuales entre adultos consintientes y autorizar el matrimonio gay; además, tiene que salir de su silencio sobre los abusos sexuales y renunciar por completo a su estrategia de ocultamiento generalizado e institucionalizado. Por último, porque es el quid de la cuestión, hay que acabar con el celibato de los curas.

393

En Portugal, adonde viajé dos veces para investigar, en 2016 y 2017, el debate sobre el matrimonio gay se entabló al revés que en Perú o en otros países europeos, porque la jerarquía católica no siguió las consignas de Roma. Mientras que en Francia, Italia y España los cardenales se adelantaron a la posición de Benedicto XVI y luego la apoyaron, el episcopado portugués, por el contrario, atenuó sus prejuicios. El cardenal clave en este periodo, en 2009 y 2010, fue el arzobispo de Lisboa, José Policarpo.

—Policarpo era un moderado. Nunca se dejó arrastrar por Roma. Expresó tranquilamente su desacuerdo con el proyecto de ley sobre el matrimonio gay pero se opuso a que los curas salieran a la calle —me explica en Lisboa el periodista António Marujo, un especialista en temas religiosos que ha firmado un libro con Policarpo.

Hay que aclarar que la Iglesia portuguesa, comprometida con

la dictadura antes de 1974, guarda ahora las distancias con la extrema derecha católica. No se entremete en política y permanece al margen del debate parlamentario. Me lo confirma José Manuel Pureza, el vicepresidente del parlamento portugués, diputado del Bloco de Esquerda y católico practicante, que fue uno de los principales artífices de la ley sobre el matrimonio homosexual:

—El cardenal Policarpo, conocido por haber sido más bien demócrata durante la dictadura, optó por la neutralidad sobre el asunto del matrimonio. En el terreno de los principios y la moral familiar estaba contra el proyecto de ley, pero fue muy mesurado. La Iglesia tuvo la misma actitud sobre el aborto y la adopción hecha por parejas del mismo sexo.

(Este análisis coincide con el de otras tres figuras políticas de primera fila que han apoyado el matrimonio gay, con las que hablé en Lisboa: el intelectual Francisco Louçã, Catarina Martins, portavoz del Bloco de Esquerda, y Ana Catarina Mendes, portavoz del primer ministro António Costa.)

394

Durante mis viajes a este pequeño país católico me quedé impresionado por esta moderación política: las cuestiones sociales se discuten educadamente y la homosexualidad se trata con normalidad y discreción incluso en las iglesias. Hay mujeres que, debido a la crisis de vocaciones, a veces desempeñan funciones propias de los curas y, salvo dispensar los sacramentos, hacen todo lo demás. Muchos curas católicos están casados, en especial los anglicanos que ya vivían en pareja antes de unirse a la Iglesia de Roma. También conocí a varios curas y frailes homosexuales que parecían vivir apaciblemente su singularidad, sobre todo en los monasterios. La parroquia de Santa Isabel, en el centro de Lisboa, acoge con benevolencia a las parejas de todo tipo. El principal traductor de la Biblia al portugués, Federico Lourenço, se ha casado públicamente con su compañero.

Este liberalismo suave no pasó inadvertido en Roma. La neutralidad del episcopado de Lisboa sobre las cuestiones de sociedad no gustó nada, ni tampoco su débil movilización contra la ley del matrimonio gay. Roma esperaba el momento de asestar el golpe y el cardenal le dio el pretexto.

Con motivo de una entrevista que se consideró demasiado li-

beral (en especial sobre la cuestión de la ordenación de mujeres), el secretario de Estado Tarcisio Bertone, a petición del papa Benedicto XVI, convocó a Policarpo a Roma. Aquí, según fuentes coincidentes (y una investigación detallada del asunto publicada por el periodista António Marujo en *Público*), Bertone abroncó al cardenal, quien tuvo que publicar un comunicado para moderar su moderación. El papa esperaba pasar la página Policarpo lo antes posible.

Por entonces el hombre clave de Benedicto XVI en Portugal era el obispo auxiliar de Lisboa y vicerrector de la Universidade Católica, Carlos Azevedo. Después de organizar el viaje del papa en 2010, decidido oportunamente para contrarrestar la ley sobre el matrimonio gay, Azevedo se convirtió en la figura ascendente de la Iglesia portuguesa. El papa Benedicto tenía grandes ambiciones sobre su protegido; pretendía crearle cardenal y nombrarle patriarca de Lisboa en lugar del incontrolable Policarpo. Azevedo, que durante mucho tiempo había sido capellán de hospitales, no era ni verdaderamente liberal ni tampoco conservador. Todos respetaban su talla intelectual y su ascensión parecía imparable después de haber llamado la atención del papa. 395

—El obispo Carlos Azevedo era una voz muy escuchada, muy respetada —destaca el exministro Guilherme d'Oliveira Martins.

Pero ¡una vez más Benedicto XVI detectó un *closeted*! No deja de tener su gracia esta inflexibilidad del papa, experto a pesar suyo en el arte de rodearse de homosexuales que luego serían «sacados del armario» por su doble vida. Porque los rumores sobre la homosexualidad de Azevedo eran insistentes, divulgados por un prelado «enclosetado» que chismorreaba en los medios, por celos, en una suerte de *revenge porn* eclesiástica que los episcopados católicos conocen bien. Al final los rumores acabaron afectando a la carrera de Azevedo.

Los allegados a Ratzinger, tan benévolos con los prelados que tenían tendencias, activos o no, se llevaron a Roma al obispo Azevedo para sacarle de la trampa en que le habían metido muy a su pesar. Se creó un cargo a su medida y se encontró un título para el desdichado gracias a la gran comprensión del cardenal Gianfranco Ravasi, que conocía el percal: el obispo en el exilio fue

nombrado *delegato* del Pontificio Consejo para la Cultura, con sede en Roma. Poco después de este traslado artístico logrado, el gran semanario portugués *Visão* publicó una investigación detallada sobre la homosexualidad de Azevedo en su época de Oporto. Salió así a la luz, por primera vez en la historia reciente de Portugal, la posible homosexualidad de un obispo, lo que bastó para cubrir de oprobio al pobre prelado y condenarle definitivamente al ostracismo. Todos sus amigos portugueses le abandonaron, el nuncio le rechazó y el cardenal Policarpo le abandonó a su suerte, porque apoyarle supondría correr el riesgo de ponerse él mismo en la mira.

Claro que hubo un «escándalo» Azevedo, pero no es lo que todos pensarán: no es tanto la posible homosexualidad de un obispo como el chantaje al que fue sometido y la cobardía de varios prelados que compartían sus inclinaciones y le dejaron tirado.

—Azevedo fue víctima de un chantaje o una venganza. Pero el episcopado no le defendió como cabía esperar —me confirma Jorge Wemans, el fundador del diario *Público*.

En Roma hablé varias veces con el arzobispo portugués, que me contó su vida, sus errores y su exilio desdichado. Hoy pasa el tiempo en el Consejo Pontificio para la Cultura y dos tardes por semana en la biblioteca del Vaticano, donde hace indagaciones históricas sobre figuras religiosas portuguesas de la Edad Media. El hombre es moderado, tolerante, experto en ecumenismo: es un intelectual (¡hay tan pocos en el Vaticano!).

Cuando escribo estas líneas pienso en este obispo inteligente cuya carrera quedó truncada. No pudo defenderse ni reclamar. No pudo abogar por su causa ante el nuncio italiano en Lisboa, un rígido conservador estetizante cuya hipocresía sobre este caso supera lo imaginable. Muy digno, Azevedo nunca habló públicamente de su drama, que era mucho mayor, me dijo su «director espiritual». Añadió que «el muchacho era mayor de edad y nunca hubo abuso sexual».

Pues bien, ¿acaso la Iglesia de Roma no habría tenido que defender al obispo víctima? Y si hubiera una moral en la Iglesia del papa Francisco, ¿Carlos Azevedo no debería ser nombrado hoy patriarca de Lisboa y cardenal, como piensan la mayoría de los sacer-

dotes y periodistas con quienes hablé en Portugal? Un país donde el matrimonio gay se aprobó definitivamente en 2010.

Tercer ejemplo de la batalla contra el matrimonio gay: Colombia. Ya conocemos un poco este país a través de la figura del cardenal Alfonso López Trujillo. En Bogotá la obsesión antigay de la Iglesia católica no ha decaído tras la muerte de su cardenal homosexual más homófobo. Lo cual provocó un fiasco inesperado que disgustó y puso en dificultades al papa Francisco.

Estamos en 2015-2016. En esta época el Vaticano se sitúa en el centro de un baile diplomático de gran alcance para poner fin al conflicto armado con las guerrillas de las FARC, que dura desde hace más de cincuenta años. Siete millones de personas han sido desplazadas y al menos 250.000 han muerto durante lo que con razón se ha llamado guerra civil.

Junto con Venezuela y Noruega, el Vaticano participa en las largas negociaciones de paz colombianas que tienen lugar en Cuba. Las FARC se alojan en un seminario jesuita. El cardenal Ortega y el episcopado cubano en La Habana, los nuncios en Colombia, Venezuela y Cuba, y los diplomáticos de la Secretaría de Estado participan en las negociaciones entre el gobierno y la guerrilla. El papa Francisco se mueve entre bastidores y recibe en Roma a los principales protagonistas del proceso de paz, firmado en Cartagena de Indias en septiembre de 2016. 397

Sin embargo, varios días después, el acuerdo de paz es rechazado en el referéndum popular que debería aprobarlo. Y se descubre que el episcopado colombiano, con los cardenales y obispos a la cabeza, se ha unido al bando del «no» y al expresidente Uribe, ultracatólico y anticomunista virulento, quien ha hecho campaña con el lema: «Queremos la paz, pero no esta paz».

Los motivos de la indignación de las autoridades católicas no tienen nada que ver con el proceso de paz, a pesar de que han contribuido a descarrilarlo: es una forma de denunciar el matrimonio gay y el aborto. En efecto, meses antes la Corte Suprema colombiana ha legalizado la adopción y el matrimonio de las personas del mismo sexo y a juicio de la Iglesia católica, si el referéndum a favor

del proceso de paz favorece al gobierno, legitimará definitivamente esta política. De modo que por oportunismo electoral la Iglesia sabotea el referéndum para defender sus posiciones conservadoras.

Por si fuera poco, la ministra de Educación de Colombia, Gina Parody, abiertamente lesbiana, propone en el mismo momento la aplicación de políticas antidiscriminatorias favorables a las personas LGBT en los colegios. La Iglesia colombiana interpreta este anuncio como un intento de introducir la teoría de género en las clases. Si se aprueba el referéndum por la paz, también lo será la defensa de la homosexualidad, dicen en sustancia sus representantes, que llaman a abstenerse o votar «no».

398 —La Iglesia colombiana siempre se ha aliado con las fuerzas más oscuras del país, sobre todo con los paramilitares. Así era en la época del cardenal Alfonso López Trujillo y así sigue siendo hoy. El matrimonio gay y la teoría de género eran meros pretextos. Llamaron a votar «no» porque ni los paramilitares ni la Iglesia colombiana querían realmente la paz. Y llegaron a desautorizar al papa por este motivo —sentencia un cura jesuita con el que hablé en Bogotá.

Un doble discurso y un doble juego que alcanzaría profundidades abismales en tres países europeos decisivos, España, Francia e Italia, sobre los que nos detendremos ahora.